

El oráculo

Edgar Aguilar

Una voz llega a alguien en la oscuridad
Samuel Beckett

AL PRINCIPIO, A SU LLEGADA, todo era silencio. Pero el caos también reinaba.

No sabemos hasta qué punto. Él sólo se sentía inmerso en ese vasto universo de sombras y de formas que deambulaban de un lado a otro. Quizás por ello no tuvo ningún problema al despertar.

Le era difícil precisar (sí, esa era la palabra) dónde comenzaba todo, y más difícil todavía, si existía algún final, algún sitio donde descansar su memoria.

Ese lugar, siempre le atería. Pensaba en él como en un submundo donde habitaban seres iracundos, incomprensibles. Todo ello lo afectaba en cierta manera.

Pero el hecho es que estaba allí, desde siempre. Quizá alguna vez logró evitar que las sombras rehusasen abandonarlo. Pero eso era aún más incierto (sí, esa era la palabra).

Nunca llegó a concebir enteramente que era un ser extraño. Detrás de él existían seres como él, furtivos y espesos como una capa de niebla.

Le atraía el hecho de que su mente, su razón o lo que fuera, le deparara agradables sorpresas. Nunca estuvo tan completamente seguro como en ese instante. El instante «supremo».

Caía la tarde. Y a merced de ello, se sentía bien. Incluso olvidaba los malos ratos, las malas pasadas, y juzgaba conveniente distraerse un poco en ese ejercicio de iniciativas. (Poco a poco lo llegó a comprender).

Su voluntad. Su voluntad era un amasijo de realidades. Amaba su compostura. Se decía que había olvidado cómo hacerse cargo de su propio «yo». Era inevitable. Su corazón pendía de un hilo más resistente que el suyo.

Le habían dicho que en algún momento de su historia todo cambiaría. Le repugnaba pensar en ello. Él se sentía desfallecer cada vez que lo recordaba. Ahora era un nido de cavilaciones, de preocupaciones ordinarias, de pensamientos oscuros. Pero no vacilaba.

Después de todo, ¿qué había de anormalidad? (Sí, esa era la palabra). Su vida cambiaba constantemente, mudaba de forma, de ambiente, de laberinto. Su realidad ya no era la suya. Su realidad era —consciente de que se lo había dicho ya miles de veces— un conjunto de realidades, un montón de conjeturas. Su mundo latía a la inversa. ¿Quién era el dueño de su destino?

Nunca tuvo que conformarse. Maldijo el día que no supo cómo es que había llegado hasta allí. Su meditación, lenta, inexorable, corría como un animal asustado y, sin embargo, dueño de sí mismo. El «alma de las cosas», había llegado a decirse, convencido de que tan sólo era un indicio, una minúscula parte del todo, de ese todo abrasante que le había hecho perder su territorio.

Mientras más pensaba, más empequeñecido se sentía. Como un gnomo de esas leyendas que contaban a los niños.

Una ocasión se sintió solo. Se había propuesto no tener miedo. Esperaba. Esperaba algo, alguien, lo que fuera. Alguna presencia en la cual apoyarse. Pero los abismos de la miseria lo hicieron recapacitar. Por sobre todas las cosas permaneció quieto, inmóvil, seguro de nada.

Sabía que algo pasaría. Y que lo que pasaría tendría una respuesta, su justificación exacta de estar allí. Porque de otro modo ¿por qué estaría allí? ¿Por qué la espera? ¿Por qué el sentirse olvidado y perdido en medio de un territorio enajenante?

Se perdía (sí, esa era la palabra). Era como un ser invisible que habitaba un espacio que reflejaba su propia

invisibilidad. Ello le divertía. Le divertía tanto que a veces reía como un loco al ver su propia imagen reflejada en otra y otra y otra imagen que le devolvía siempre la misma imagen inaprensible. Tanto le gustaba no existir en su imagen reflejada. Pero existía. Eso era un hecho. Y eso le hacía olvidar que estaba solo.

Su contorno era pura geometría. Pero si se le aislaba, guardaba una composición que podríamos denominar como perfecta. Tal era su perfección que el entusiasmo no le llenaba la boca. Su cuerpo se engrandecía. Su cuerpo ya no era un ovillo apretujado en algún sitio erróneo. Se veía vaciar en algo mecánico, predispuesto a vencer constelaciones.

Su «carro de fuego». Su «corcel dorado». Las grandes decisiones de su vida. ¿Cuáles habrían sido? Se remontaba a hechos precisos, como cuando vio a su padre jadeante correr tras un autobús al cual él y su hermano ya habían abordado. Su padre, quién sabe por qué, no había logrado subirse en él. Y una vez arriba, con el rostro encendido, les recriminó a él y a su hermano por qué no habían gritado «alto», «alguien sube», «un hombre no logró trepar en el autobús...» Pero de eso hacía mucho. Y pensaba que recordar era en ese momento, ciertamente, inútil e innecesario.

Pero en ello estaba una decisión. La decisión de no decir nada, de «al diablo con el padre», de «al diablo con todo». O quizás sólo fue el temor el que les hizo enmudecer... ¿El temor de qué? ¿De perderse? ¿De avanzar sin el padre? Lamentablemente, nunca lo sabría.

Se sentía suspendido en la vanidad de su alma. Su espíritu impenetrable, siempre al acecho, tan incómodo para los demás. ¿Qué era lo que le faltaba? Perderse. Dejarse perder. Dejarse llevar por esa corriente de personas y de palabras y ruidos y cuchicheos y exclamaciones y rumbos desconocidos. ¿Hacia dónde? ¿Hacia cualquier lado? ¿Hacia donde no exista su nombre ni su memoria ni sus recuerdos? ¿Hacia la invisibilidad?

Su soledad era un mundo poblado por fantasmas. Su soledad callada, pero también vociferante, altanera, predispuesta (sí, esa era la palabra) a alzar el puño en contra de su imagen reflejada en el conspicuo tren de su memoria. Esa memoria que le mordía los cabellos, que le hacía sudar mientras dormía, que le quemaba como un hierro ardiente en el pecho, que le arañaba la cara al despertar...

El oráculo. Un viejo mendigo apareció de pronto. Estaba a su lado, con lagañas en los ojos, y en la comisura de los labios abundante saliva. Se acercó a él. Él miraba

el lago, cómo al fijar su vista en las ondas del agua sentía deslizarse junto con ellas. Le dijo que él sabía su futuro. Se relamía los bigotes llenos de suciedad. Él no sintió miedo. Pero le llamó la atención más que el aspecto desagradable, el rostro impassible del miserable hombre. Pensó en un ser igualmente extraviado que él. Un ser rendido (sí, esa es la palabra). Oyó entonces: «Serás un gran hombre, un gran artista, un gran escritor». Pero sus ojos estaban vacíos. Y empezó a llorar, lenta, muy lentamente, poniendo una de sus grotescas manos en su cara, y después lloró cáustica, amargamente. Y sintió un odio indecible hacia ese ser miserable. Y se odió, sin saber por qué, a sí mismo, quizás por haberle otorgado un poco de su tiempo y de su soledad a lo que creía una estúpida impostura. Y el hombre permaneció llorando, ausente, mirando el flujo de las ondas del agua deslizarse a través suyo...

Pero faltaban historias. Faltaban repiqueteos en su reciente memoria. Una arista que profundizara en su verdadero «yo». No dejarse vencer por sus ocultos misterios. Aunque era algo que le atraía. Permanecer despierto por las noches y por las horas más altas de la noche, cuando no se percibe nada salvo un mudo roce de objetos y sonidos y voces apagadas velando el sueño nulo de los hombres. Se miraba en el espejo. Se veía duplicado, triplicado, agregado a un valor que no reconocía. Y en ese afán por reconocerse su imagen se perdía... Entonces sólo quedaba ese rumor de cosas inaccesibles que destellaban como vahos luminosos en su habitación sombría que desde hacía mucho había dejado de existir. «Lo que permanece es nada. Lo que permanece es un mundo terrorífico. Lo que permanece es un fantasma petrificado en la memoria», se había dicho una y mil veces. Ah, cómo se sentía perdido y burlado en ese ambiente remoto de su existencia...

La voz le llegó desde lejos. Pero a medida que se hacía audible, comprensible en cierta manera, pareciale que le hablaba desde un reducto interior. Pero al unísono era interno y externo, como un reloj sincronizado antes que deparara el alba. Habría que despertar y dejar a un lado todos sus temores. O quizás ya despierto, consciente de su vida real, de su sueño real, que en nada disentía de lo otro, permanecer un segundo —un segundo que le pareció eterno— con los ojos cerrados, alerta al primer destello de la mañana, mientras el caos reinaba desde un principio. •

EDGAR AGUILAR. Escritor y cuentista mexicano. Correo electrónico: libertina04@hotmail.com